

CUENTO PARA TRABAJAR LA AMISTAD

Bebé y Raúl

El pequeño Bebé era un niño de cinco años, el pelo rubio le caía en rizos por la espalda y lo vestían como a un príncipe, con pantaloncitos ceñidos a las rodillas, una blusa de marinero y medias de seda. Su familia lo quería mucho y él había aprendido a querer a los demás. Sin embargo, no era ningún santo: una vez rompió un valioso jarrón mientras perseguía a su gato consentido. Le gustaba pasar largos ratos con los empleados de su mansión y escuchar sus relatos de África, también solía hacer amistad con los niños sencillos de la calle, a quienes regalaba sus zapatos. Su mejor amigo era su primo Raúl, un pequeño huérfano que tenía el pelo oscuro, vestía ropa muy común y no usaba medias de seda.



En las vacaciones sus padres lo llevaron de viaje a París y también invitaron a Raúl. Conocieron grandes casas y museos, fueron a la escuela para ciegos y visitaron al tío de mamá, un señor flaco y solemne llamado Don Pomposo. Era muy antipático, pero como la mamá de Bebé era muy rica, le daba todas las atenciones. Cuando Don Pomposo vio a los niños se acercó a Bebé, le tendió la mano, le quitó con cuidado el sombrerito y le dio unos besos pegajosos. Aunque Raúl iba bien vestido, Don Pomposo ni siquiera lo

saludó. El pequeño se sintió muy triste y se hundió en un sillón con el sombrero en las manos.

Don Pomposo se levantó de su sofá colorado y le dijo a Bebé: “Mira, mira, lo que te tengo guardado: esto es algo que cuesta mucho dinero y te lo doy para que sepas que soy tu mejor amigo”. El señor tomó su pesado llavero, abrió un armario y le entregó un hermoso sable dorado. Con la ayuda de un cinturón se lo colocó y le pidió que se viera en el espejo. Bebé vio su propia imagen y alcanzó a ver el reflejo de Raúl, con la cara muy triste, como si se fuera a morir.



Aquella noche los niños descansaban en la misma habitación. Raúl dormía a pierna suelta, pero Bebé no podía conciliar el sueño pensando en Raúl, su compañero de juegos, aventuras y travesuras. Raúl no tenía mamá, ni ropa elegante, ni tíos que le hicieran regalos valiosos. A pesar de ello sabía ser el amigo más fiel y compartido de todos.

Apenado por lo ocurrido en casa de Don Pomposo, Bebé se levantó y caminó con cuidado al tocador para no hacer ruido. Tomó el hermoso sable, lo levantó muy despacio y lo colocó a un lado de la almohada de Raúl para que al día siguiente, tan pronto despertara, se encontrara con la sorpresa del brillante obsequio que merecía el mejor de los amigos.

—*Adaptación libre del cuento “Bebé y el señor Don Pomposo” de José Martí incluido en La edad de oro.*

Los polvos del virrey

Por allá por el siglo XVII, el gobierno de los virreyes en la Nueva España contaba con cientos de empleados menores que ganaban poco y no podían salir de “perico perro” como solía decirse a los mediocres.

Don Jorge Antonio de Méndex y Tirado de la Calle, uno de ellos, trabajaba en el Palacio virreinal copiando documentos y su sueldo no le alcanzaba. Habitaba una ruinosa vecindad con su esposa Andrea, vulgar, medio pelona y enferma de obesidad, y sus doce hijos, ojerosos y pálidos por su dieta a base de comida chatarra novohispana. Nadie quería juntarse con él y hacía su trabajo de mala gana, esperando la hora de la salida. Estaba cansado de esa vida de privaciones y siempre compraba billetes de la lotería con la esperanza de ganar el premio mayor.

Un día estaba muy desanimado por un disgusto con su familia. Su esposa y sus hijos le habían pedido que los llevara a probar suerte en el palo encebado de la feria, pero él no tenía dinero. Llegó a trabajar a la oficina, se sentó a su escritorio, puso la cabeza entre las manos y se quedó mirando al techo un buen rato. De repente, para sorpresa de sus compañeros, sus ojos brillaron y se puso a escribir por veinte minutos con su pluma de

ave. Cuando el documento estuvo listo salió de su despacho y fue a entregarlo a la oficina del virrey.

Pasaron los días. Una tarde don Toño parecía esperar algo en la esquina de Mercaderes y Plateros mirando con atención hacia el Palacio virreinal. De repente hubo una movilización de guardias pues el virrey saldría a pasear. Acompañado de su séquito, Su Excelencia avanzó a caballo ante decenas de curiosos. Al llegar a la esquina se detuvo frente a Toño y lo saludó. De su bolsillo sacó una pequeña caja de rapé (el tabaco molido que se acostumbraba inhalar en aquella época sin leyes antitabaquismo), y le ofreció. Éste le respondió: “Gracias Señor mío” y aceptó una pizca.

La fortuna de don Toño cambió al instante. Muchas personas y nuevos “amigos” acudieron a su casa para que los recomendara con el virrey y lo llenaron de obsequios y donativos, pues suponían que tenía una estrecha amistad con él. Todo llegó a oídos de Su Excelencia, quien se divirtió mucho recordando que don Toño le había escrito una carta en la que le pedía “detenerse en la esquina y ofrecerle rapé”.

El virrey lo hizo llamar a su presencia. Don Toño creyó que iba a recibir un bastonazo de su patrón. Su Excelencia lo miró y, al cabo de un buen rato, le dijo: “Creo, creo, creo que... que... ¡usted merece un premio por su ingenio!”. “¿Y cuál es?” preguntó don Toño. “Darte mi verdadera amistad” dijo el virrey tendiéndole la mano.

—*Adaptación libre del relato homónimo de Luis González Obregón incluido en su libro Las calles de México. Leyendas y sucesidos*